

Bien puedo decir que cada vez que cada vez aquella niña se me entraba más adentro en el corazón. Insensiblemente iba yo dejando mis ratos de alegría para cuando estuviera a su lado, es decir, esperaba su presencia con ansias, porque cuando estaba junto a ella, mi indiferencia cotidiana se iba diluyendo para dejar paso a una alegría suave, delicada. Y hasta un poco de mi rutina habitual fué desapareciendo y deshecha entre las manos de la chiquilla. Finalmente, un día, en un diálogo conmigo mismo tuve que confesar que estaba enamorado de ella...

Se llamaba Clarita Albert, un nombre que según mi gusto es bastante bonito y suena bien a los oídos. Su estatura no sobresalía ni un centímetro de mis hombros, de manera que cuando paseábamos juntos tenía yo que inclinarme para recoger el clarometal de sus palabras. Pero su cuerpo pequeño, de bíbelot, más bien, estaba en relación con toda ella, con su voz delgada, con sus movimientos de niño regalón y con sus miradas, tan acariciadoras que parecían deslizarse por enjema de uno, levemente, rozándolo apenas.

Varios meses me aprisionó en las redes de su clarita de chiquilla moderna y hasta un poco original. Día a día en su casa, sentados frente a frente, yo me dejaba mecer en el columpio de sus palabras ágiles. Hasta el invierno con su cargamento de horas mojadas, tristes y nebulosas, se me hizo más corto que otros años, en la compañía amable de Clarita. Y fué durante una de esas frías tardes cuando descubrí su secreto, su terrible secreto, que ella tenía muy oculto: lo único que en la niña no mantenía una situación de armonía con su total encanto. ¿Por qué será? Yo no sé; pero hay cosas que produciéndose en un momento dado nos pierden. A mí el secreto de Clara me perdió, y hasta puedo decir, la perdió a ella, la derribó violentamente del pedestal en que mi



Las Manos

que me encantaría. Ser yo la capitana, estar en el puente, cara a cara al sol, desafiándolo, y dirigiendo al mismo tiempo la maniobra de la tripulación. Mis marineros serían todos rubios, hombres del Norte, alegres y fuertes. Al atardecer los escucharía sus cantos en idiomas extraños, sentada en un montón de cordeles. Después, lejos de las costas, podríamos izar una bandera pirata con calaveras negras y hasta, ¿por qué no?, mandar detenerse a cualquier barco, sólo por ver el terror que les causarían a los hombres nuestra actitud de bandidos.

—Sí, Clara, todo eso es muy bonito.

—O irse a cazar tigres al Africa. ¿Sabe que también sería interesante? Verse una expuesta a miles de peligros en las selvas, resistir los ataques de los salvajes y vencer a las fieras. En las noches, hacer unos la guardia vigilando el sueño de los demás, en el campamento...

Yo que soy casi un burgués aprobaba, apor-

colocado.

Sucedió así. Yo estaba semi tendido en el sofá de suave respaldo, oyéndole esas peregrinas ideas que se le ocurrían después de leer cualquier novela. Ese momento, el cigarrillo egipcio y las palabras de Clarita habían organizado un complot para adormecerme. A pesar de ello no perdía palabra de cuanto la niña hablaba. De pronto Clarita Albert entornó los ojos. Parece que para ver todas aquellas cosas que estaba evocando necesitaba cerrar los ojos. El respaldo del diván donde descansaba su brazo delicado hizo un hueco para recibir el dulce calor de la niña en su epidermis de cuero. Delante, y entre el humo de los cigarrillos que ya iba llenando la salita, pasaba un desfile de fantasmas y presencias locas que Clarita traía a la conversación. Estaba fantaseando sobre las aventuras.

—¿No ha pensado Ud., amigo mío, en lo hermoso que sería poder equipar un barco propio y hacerse a la mar? Yo sí, y créame

